

Joseph Needham, el inglés que habiendo estudiado bioquímica se convirtió en una de las máximas autoridades mundiales en cultura china.

Nacido en Cambridge en 1900, con una estricta formación en ciencias exactas, incursionó en el estudio de China, para no abandonarlo y emprender uno de los proyectos intelectuales más significativos del siglo: la dirección del magno tratado que es su *Science and civilization in China*, del que han aparecido ya ocho volúmenes.

El pequeño libro que nos ocupa es una traducción de artículos y conferencias ligados por una preocupación central: la de despertar en Occidente la conciencia de la realidad china.

El más significativo de los 13 textos es el primero, reproducción del discurso presidencial de Needham ante la *Britain-China Friendship Association* en 1955. En él se refleja y sintetiza la vocación central del autor. La comprensión de la cultura china no es, para Needham, un pasatiempo de europeos desocupados, sino una necesidad fundamental para la convivencia internacional. Mientras no se traspase el muro de ignorancia y desconfianza que impide la evaluación justa de la historia china, se estará ante el peligro permanente de una confrontación cada vez más trágica.

En esencia, Needham expresa la convicción serena de que el avance tecnológico de Occidente es un fenómeno paralelo y no resultante de la civilización cristiana. Como tal, es patrimonio de la humanidad entera y no, como se ha pretendido durante siglos, herencia única del hombre blanco. El desarrollo científico es independiente de la evolución sociopolítica de Europa, verdad comprendida por los espíritus sensibles pero aún olvidada cotidianamente.

De ahí que, por razón dialéctica, Needham busque la reevaluación del conocimiento sistemático chino, al que se ha negado el calificativo de científico para disminuir su importancia. El desarrollo de una tecnología autónoma en China durante miles de años explica la capacidad que China muestra hoy para asimilar, nacionalizar y desarrollar una ciencia nueva, altamente calificada. De otra forma, si la no existencia de conocimiento experimental fuese cierta, difícilmente se explicaría el sorprendente auge tecnológico de la República Popular China.

Escritos en lenguaje accesible y elegante, las charlas y ensayos de Needham contribuyen, con la sencillez de los auténticos sabios, a la aplicación concreta de la sentencia milenaria de China: para aquel que respeta la dignidad del hombre y practica lo que exigen el amor y la cortesía, dentro de los cuatro mares todos los hombres son hermanos.

JORGE ALBERTO LOZOYA

STEPHEN R. GRAUBARD, *Kissinger. Poirtrait of a Mind*, Nueva York, W. W. Norton and Co., 1973, 288 p. y MARVIN KALB y BERNARD KALB, *Kissinger*. Nueva York, Dell Publishing Co., 1975, 670 pp.

Se dice que en más de una ocasión los estudiosos de las ciencias sociales se sirven de la irresponsabilidad que les garantiza la poltrona académica para desahogar, aunque sea parcialmente, sus aspiraciones a una participación más efectiva en el mundo de la decisión política. Es indudable que no a todos satisface únicamente la publicación de libros y artículos; aunque el alcanzar un nivel moderado de ventas es ya motivo de gran satisfacción, más de uno debe preguntarse cuál es el alcance de las críticas que emite, o si las soluciones que propone tienen algún peso en las consideraciones de los responsables del proceso de la toma de decisiones políticas. A nadie debe sorprender que así sea, puesto que la validez y, más todavía, el valor de la investigación social ha llegado a medirse en términos no sólo de su exactitud, sino también de su "utilidad" dentro del contexto en el cual se desarrolla.

La lectura de estos dos libros nos permite evaluar uno de los ejemplos más sobresalientes del teórico que, ávido de participación política, pasa a la práctica en condiciones óptimas. La obra intelectual de Henry Kissinger está fundamentalmente orientada hacia la crítica de la política exterior norteamericana, de manera que su actuación primero como Consejero presidencial y luego como Secretario de Estado, puede insertarse dentro de un claro propósito de cambio a partir de un esquema intelectual bien definido, sin por ello caer en una transposición simplista de épocas y personajes históricos.

La obra de Stephen Graubard, antiguo colega de Kissinger en la Universidad de Harvard, ofrece una visión de conjunto de la obra intelectual de este último. El libro no pretende —y si lo pretende, entonces no lo logra— un análisis riguroso de los fundamentos teóricos y de las posiciones kissingerianas en política internacional. Es más una exposición, un minucioso recuento —a veces renglón por renglón— de las proposiciones y de las críticas que Kissinger formulara respecto a la política exterior de Estados Unidos desde la tribuna del mundo académico, a través de los libros y artículos que publicó entre 1954 y 1970. La imagen que este estudio transmite es la de un analista profundamente penetrado por el ambiente de la Guerra Fría, y cuyas percepciones están sólidamente fincadas en una posición ideológica que se caracteriza por la visión maniqueísta de la política internacional.

El punto de arranque de Kissinger, europeo entre los americanos, es la certeza de que la diplomacia norteamericana —por lo menos desde 1945—, se ha desarrollado sin doctrina ni liderazgo adecuados. Estos dos elementos aparecen recurrentemente en toda su obra escrita. El problema del liderazgo le preocupa particularmente, puesto que le atribuye un papel básico al problema del individuo ante la Historia. Desde esta perspectiva la responsabilidad histórica recae sobre todo gran hombre que se encuentra en la situación propicia para llevar a cabo un proyecto grandioso, y que tiene la capacidad de evaluar correctamente los riesgos y las oportunidades

de su empresa. De ahí su interés por estudiar a Metternich, a Castlereagh o a Bismark, o sus referencias especiales a De Gaulle; en cada caso los resultados de su análisis desembocan en una noción totalmente personalista del poder, y su conclusión es siempre pesimista: según Kissinger, la némesis de todo gran estratega político es su propia finitud; el gran hombre define su propia transitoriedad a través del carácter estrictamente personal de su obra. Esta preocupación siempre presente en las obras —y de alguna manera en la actitud— kissingeriana justifica de hecho los intentos de los críticos que posteriormente se han empeñado en destacar la voluntad del Secretario de Estado de reafirmar a cada paso su propio personaje.

La segunda crítica fundamental de Kissinger parte de la idea de que la nueva tecnología bélica es esencialmente paradójica, puesto que precisamente la inconmensurabilidad de su potencial destructivo fija los límites de su efectividad. Es decir, que en la medida en que el recurso a las armas nucleares supone la destrucción total de los contrincantes, su utilidad en el juego de las relaciones de poder internacional es muy restringida. Por lo tanto, según él, es necesario modificar la estrategia nuclear y política norteamericana de tal manera que la fuerza sea incorporada a la diplomacia a través de la elaboración de amenazas creíbles. Kissinger afirma que los estrategas norteamericanos se refugian en la rigidez, siendo que la política "... es el arte de sopesar las probabilidades, y la habilidad para manejarla reside en comprender los matices que ofrecen las posibilidades" (pp. 99-100). Según él, en toda decisión política sólo los riesgos son seguros, mientras que las oportunidades siempre son producto de la conjetura.

La falacia fundamental que subyace en la concepción kissingeriana del "deber ser" de la política norteamericana es la idea de que ésta "... siempre ha querido triunfar más por la validez de una serie de principios abstractos que por la fuerza" (pp. 100-101). Más aún, como jefe de la diplomacia americana siempre insistirá en que el buen funcionamiento del sistema internacional sólo es posible si se admite la "desideologización" de las relaciones internacionales, la cual equivale al reconocimiento explícito de los intereses nacionales en juego. Con ello Kissinger pretende dejar atrás la necesidad de recurrir a principios democráticos para, por ejemplo, justificar la defensa de los intereses norteamericanos. Sin embargo, esto no significa la renuncia a una postura ideológica, sino más bien la adopción de una nueva estrategia con vistas a su fortalecimiento, dado que el objetivo primordial de la política exterior de Estados Unidos sigue siendo el mantenimiento de su poder hegemónico, propósito que presupone toda una ideología.

El libro de Graubard termina donde se inicia la vida pública de Henry Kissinger, es decir, cuando de consejero de política internacional de Nelson Rockefeller en la campaña presidencial de 1968, pasa a formar parte del grupo de consejeros de Richard Nixon. A este respecto el autor se empeña en establecer una continuidad entre el paso que da Kissinger de una a otra

actividad, es decir, busca convencer al lector de que a pesar de su incorporación al aparato político-burocrático, Kissinger mantuvo (y mantendría) intacta su capacidad crítica. Sin embargo, éste no parece ser el ejemplo idóneo de la resolución del conflicto fundamental de todo intelectual que llega al poder.

Con frecuencia la obra de Graubard toca los límites de la apología, y a veces la exposición acrítica de las obras de Kissinger resulta tediosa; no obstante, el libro presenta una gran utilidad para quienes deseen situar la postura intelectual del controvertido Secretario de Estado en diversos aspectos de política internacional.

La supuesta flexibilidad intelectual que Graubard se esfuerza por demostrar en la obra escrita de Henry Kissinger se desvanece ante el peso de la praxis diplomática kissingeriana. Si bien el *Kissinger* de los hermanos Kalb presenta todas las debilidades de que adolece una obra periodística más o menos abundante en detalles triviales y en información de origen dudoso, por otra parte tiene la gran virtud de ser un libro entretenido y de organizar cronológicamente y por temas los malabarismos diplomáticos norteamericanos de los últimos ocho años.

Los autores basan la autoridad de su obra en su experiencia como corresponsales de prensa y acompañantes de Kissinger en varios de sus viajes, así como en entrevistas personales. Indiscutiblemente el Doctor K posee una personalidad que lo distingue claramente de los demás políticos occidentales de la actualidad —distinción relativamente fácil de lograr en una época que se caracteriza por la mediocridad del liderazgo político—, pero es necesario subrayar el hecho de que se ha exagerado considerablemente el peso del personaje en los desarrollos internacionales más recientes. Este libro tiene la ventaja, en comparación con la actitud generalizada de la prensa a este respecto, de no caer en la transposición simplista que hace de Kissinger el "Metternich del siglo xx" o el "Bismarck contemporáneo". Afortunadamente los autores buscan presentar la personalidad kissingeriana a la luz de sus propios criterios.

La actuación de Henry Kissinger como funcionario público y como negociador internacional refleja al menos una congruencia fundamental con respecto a las posiciones que sostiene en su obra escrita; esto es, en lo que se refiere a la amenaza al uso de la fuerza como base de apoyo de cualquier negociación diplomática. Si bien es cierto que la presencia de Kissinger al frente de la diplomacia americana ha introducido modificaciones importantes en este nivel, más que una transformación esencial, éstas se han traducido en términos de una actitud frente al poder. En cada una de las crisis internacionales en las que Estados Unidos se ha visto involucrado, directa o indirectamente, en los últimos años, siempre ha confirmado su voluntad de hacer valer su posición predominante, aunque ahora matizada por el papel de árbitro internacional que reconoce los límites del poder —el bombardeo de Hanoi o el bloqueo de Haiphong en 1972

constituyen ejemplos alucinantes de esta búsqueda de la paz a través de la fuerza.

A cada paso el objetivo primordial de Kissinger ha sido mantener intacta la posición hegemónica de Washington en política internacional, aunque adecuándola a las transformaciones que ha registrado el sistema internacional. Al esgrimir argumentos en favor de un "equilibrio de poder", el Secretario de Estado está proponiendo de hecho el reconocimiento del carácter jerárquico de la sociedad internacional. En todos los casos examinados reaparece la misma rigidez esquemática, que por lo demás parecen respaldar las demás potencias industriales

El libro de los hermanos Kalb pone al descubierto muchos de los aspectos del "virtuoso de la diplomacia", ya sea en lo que se refiere a su comportamiento durante las negociaciones internacionales, sus relaciones con la burocracia y su desprecio por ella, o aun su manera de enfrentar a la prensa y de servirse de ella. De todos ellos vale la pena mencionar aparte su actitud frente a la opinión pública y sus relaciones con Nixon.

En cuanto a la primera, resulta interesante que a la altanería que Kissinger ha manifestado en más de una ocasión frente a la opinión pública corresponda un deseo casi desesperado por crear una buena imagen y una gran susceptibilidad ante la crítica. Por ejemplo, los autores afirman que cada vez que la administración del presidente Nixon optaba por soluciones de línea dura en política exterior, Kissinger hacía todo lo posible por dissociarse de ella, "...en una agonía de temor por los efectos que pudiera tener sobre su imagen ante la comunidad liberal".

En lo que respecta a las relaciones Nixon-Kissinger los autores se proponen reivindicar la imagen del ex presidente, y se esfuerzan por hacer de él un personaje activo en el diseño de la "nueva" política exterior norteamericana, más que el receptor pasivo de las enseñanzas y propuestas kissingerianas. Sorprende, por ejemplo, que —a diferencia de Graubard, quien ve en el Secretario de Estado el origen exclusivo de los cambios en la diplomacia estadounidense— los autores presenten a Richard Nixon como el verdadero formulador de la política hacia China y a Kissinger apenas como el ejecutor de la misma. A pesar de su afán por subrayar el trabajo de equipo, los autores no escapan al riesgo de ofrecer una visión unilateral de los cambios internacionales más recientes. Tal parecería que el "vaquero solitario" —como el propio Kissinger se llamó a sí mismo en alguna ocasión—, y en última instancia Estados Unidos, hubieran propiciado tales cambios por un simple acto de voluntad. Es necesario insistir, sin embargo, en que por lo menos sin el conflicto sino-soviético y todas sus implicaciones en términos de política del poder, la política norteamericana no podría apropiarse de una imagen tan generosa.